GALERÍA DRAMÁTICA

DE

MANUEL P. DELGADO

COMPRENDE

LAS MEJORES OBRAS DE NUESTROS CLÁSICOS MODERNOS

OFICINAS

PASEO DE RECOLETOS, NUM. 10, PISO PRIMERO

MADRID

EL TIO TARARIRA.

Comedia en un acto,

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.

MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

Junio de 1848.

PERSONAS.	ACTORES.
DON RAIMUNDO, *viejo de 102 años.*	*D. Juan Lombía.*
DON AMBROSIO, *alcalde.* .	*Don José Guerrero.*
DON EDUARDO, *capitan de caballería.*	*Don Manuel Osorio.*
LUCAS PERLERIN, *alguacil.*	*Don Fernando Osorio.*
DOÑA BALTASARA, *hermana de don Ambrosio.* . .	*Doña María Romero.*
MATILDE, *pupila de don Ambrosio.*	*Doña Juana Samaniego.*

VECINOS DEL PUEBLO.

La accion pasa en este año de 1848, en un pueblo del reino de Valencia.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto único.

El teatro representa una galería que ocupa hasta el segundo bastidor, y allí termina sostenida en dos pilares, dejando ver un jardin con cerca y puerta de entrada en el foro. En la galería hay una puerta á la izquierda y otra á la derecha: mesa de despacho á la izquierda: velador á la derecha, sofá y sillas.

ESCENA PRIMERA.

LUCAS, *solo.*

(*Está en mangas de camisa: ha dejado la chaqueta colgada de una puerta, y tiene entre manos una escoba, un plumero y una rodilla, de cuyos instrumentos usa alternativamente para barrer la galería, limpiar las sillas, y quitar el polvo á todo.*)

Pregunto yo: si alguno me viera asi... con el plumero en una mano y la escoba en la otra... barre que barre, y frota que frota!... reconoceria en mí á todo un alguacil del ayuntamiento constitucional de esta villa, cabeza de partido de la provincia de Valencia? Yo quisiera saber si un funcionario público, como soy yo, tiene obligacion de barrer la casa del alcalde, de limpiar el polvo á los trastos, de regar el jardin... y hasta de servir á la mesa, como quiere doña Baltasara, su hermana, dando por razon que el alcalde debe tener siempre á mano la fuerza pública. Ya se ve, como no tengo á quien reclamar.., aguanto! (*Sigue limpiando.*) Hola!... (*Viendo al capitan, que entra en el jar-*

din por el foro.) Ahi está ya don Eduardo, el capitan!... Ha tomado por paseo el venirse aqui todos los dias desde Valencia, donde está con su regimiento. Aunque no son muchas leguas, andárselas todos los dias de Dios!... Su busilis tiene el negocio!

ESCENA II.

LUCAS. DON EDUARDO, *que entra en la galería.*

Eduardo. El alguacil está aqui.

Lucas. Buenos dias tenga usted.

Eduardo. (*Mirando al rededor.*) Buenos dias, amigo. (*Aparte.*) No veo á Matilde.

Lucas. (*Con malicia.*) Buscaba usted á alguien?

Eduardo. Sí: á don Ambrosio.

Lucas. Al señor alcalde?... Mire usted que es desgracia! Siempre viene usted cuando él no está!... Ni tampoco doña Baltasara... y esa sí que lo va á sentir, porque le tiene á usted mucho afecto doña Baltasara.

Eduardo. Es una señora muy amable!

Lucas. Pues ya!... Lo que es amable... Pero vamos, es muy buena cristiana, y muy...

Eduardo. Esperaré: don Ambrosio no puede tardar.

Lucas. Quién sabe! Se fue al ayuntamiento. Andan ahora muy apurados por esos papeles que se quemaron... allá, cuando vinieron los franceses á quitar la constitucion...

Eduardo. Sí, el año 23: los registros de la parroquia.

Lucas. Eso es! Vaya una barbaridad que fue aquella! Como que nadie puede acreditar que se ha muerto, ni que ha nacido... Por aquel año nací yo: pues si ahora quisieran decirme que no habia nacido... nada! no podria hacerlo constar! no hay partida de bautismo. Y como este, hay un sin fin de embrollos en el pueblo. Pues digo, y un arrozal muy hermoso que me tocaba á mí heredarlo... y tampoco puedo! Pero al fin y al cabo, vendrá á parar á mí!

Eduardo. Hola!

Lucas. Sí señor. Porque como no tiene dueño, el ayuntamiento ha dispuesto que se adjudique al vecino mas viejo que haya en el pueblo.

Eduardo. Sí, ya he oido...

Lucas. Pues bien, el mas viejo es mi tio Serapio, que tiene 84 años... y como yo vivo con él...

Eduardo. Ya! Y cómo es que hoy no vas á rondar por el pueblo?

Lucas. Vaya! Sí señor: ahora voy. Tengo encargo de perseguir á los vagos, y prenderlos. (*Se pone la chaqueta, y se limpia el polvo.—Aparte.*) Cómo anda mirando! A mí no se me escapa nada. Quiere ver á la señorita doña Matilde... pues, á la marquesita. Anda muy enamorado de ella! Ya sé yo lo que es eso! Lo mismo me pasa á mí con Gregoria!

Eduardo. (*Aparte.*) No parece! — Dime, Lucas, no me has dicho que doña Baltasara ha salido?

Lucas. La queria usted ver?

Eduardo. Si estuviera ahí Matilde... lo mismo era.

Lucas. Tambien ha salido.

Eduardo. Ah!...

Lucas. Han ido á ver á las hijas del señor baron de la Encina... un antiguo amigo del señor marques... porque el padre de doña Matilde era marques... y ella, que es hija única...

Eduardo. Ya lo sé: mi hermana se ha educado en el mismo colegio que la marquesita.

Lucas. Y vea usted!... vea usted las revoluciones!... El marques, que era dueño de casi todo lo que hay por estos alrededores... y ahora su hija no tiene un palmo de tierra!

Eduardo. El marques, comprometido por sus ideas liberales, tuvo que emigrar el año 23... vendió todos sus bienes para que no se los confiscaran, y cuando el año 34 volvia á España, con su hija de dos años, que perdió á su madre al darla á luz, naufragó á la vista de Valencia, y pereció ahogado.

Lucas. Pobre señor! A la niña la salvó un marinero, y se hubiera muerto de hambre si don Ambrosio no la hubiera recogido y criado.

Eduardo. Dime: y este don Ambrosio, no habia sido administrador de los bienes del marques?

Lucas. Sí señor! Pues si este fue el que le compró los bienes al marques cuando emigró. Y ha de saber usted que por el pueblo se susurraba que... vamos!...

calumnias!... porque don Ambrosio, aunque se ha hecho rico de ese modo... es un señor... vaya!... muy cristiano! Y qué sabio es!... dicen que es un santiguario muy hábil!

Eduardo. Anticuario.

Lucas. Eso!—Y lo que es á la señorita Matilde, la cria como á una hija.

Eduardo. Y dime: no ha pensado nunca en casarla?

Lucas. Nada se ha dicho de eso. Y no la estaria mal... porque doña Baltasara... la hermana de don Ambrosio, la tiene una envidia... y la anda siempre mortificando!...

Eduardo. De veras?

Lucas. Vaya! Algunas veces me da un corage! Pero como es hermana del señor alcalde!... qué ha de hacer uno!

Eduardo. Oyes?

Lucas. Parece que regañan. Será ella. (*Entran en el jardin doña Baltasara y Matilde.*)

Eduardo. La misma. Y Matilde tambien!

ESCENA III.

DICHOS. DOÑA BALTASARA. MATILDE.

Baltasara. Lo dicho, dicho. No vuelves á poner los pies en casa de las niñas del baron. Mal criadas! apenas me han dirigido la palabra!

Matilde. Pero si...

Baltasara. Digo que no vuelves allá! Bien puedes hacer este sacrificio... en cambio de los muchos que hemos hecho por tí.

Matilde. Bien: no volveré.

Eduardo. (*Aparte.*) Infeliz!

Baltasara. (*Mudando de tono.*) Oh!... lo que está por aqui!... Eduardito!...

Matilde. (*Aparte.*) Eduardo!

Eduardo. No queria interrumpir á ustedes.

Baltasara. (*Con dengues.*) Picarillo!... Sorprender así las conversaciones de dos jóvenes... de dos hermanas... porque á Matilde la miro como hermana... (*Acariciándola.*) Lo somos por el cariño!... (*Matilde*

se sienta junto al velador, y se pone á hacer labor.)

Lucas. Eso es verdad! Se quieren mucho!... Como que en el pueblo ha habido gentes que han creido que doña Baltasara era madre de doña Matilde!

Baltasara. (*Colérica.*) Calle usted!

Lucas. Toma! Y bien podria ser...

Baltasara. Eres un animal!

Lucas. Vaya!... Pues yo qué he dicho, que...

Baltasara. Calle usted!

Lucas. Bien está. (*Aparte.*) Por todo se enfada!

Baltasara. Es mucho flujo de meterse en las conversaciones... Yo le diré á mi hermano que te dé una reprimenda!

Lucas. (*Aparte.*) Lo mejor será huir el cuerpo. (*Yéndose.*) Vaya un genio!... (*Se va.*)

ESCENA IV.

DICHOS, *menos* LUCAS.

Baltasara. Usted vendria á ver á mi hermano?

Eduardo. Sí: queria preguntarle si habia él tenido carta de mi tio el general.

Baltasara. No sé: en la última que recibió, le decia el general que ya habia hecho el empeño con el ministro para la cruz de Carlos III, que mi hermano desea tanto. Esto se debe á la recomendacion de usted!... Pero crea usted que mi hermano la merece!... Oh! se desvive por el bien del pueblo! Y ya vió usted en las elecciones... Pero qué, no le escribe á usted su tio?

Eduardo. Está un poco picado conmigo.

Baltasara. Por qué?

Eduardo. Me ha enviado una licencia para ir á Madrid... tenia empeño en ello... y como yo no voy...

Baltasara. Es posible! Pues Matilde recibió ayer carta de su hermana de usted, y nada le dice.

Matilde. Perdone usted! Eugenia me dice que el general está sumamente enfadado con su sobrino.

Baltasara. Y por qué tiene ese empeño en que se vaya usted?

Eduardo. Qué sé yo!... Proyectos que trae mi tio entre manos...

Matilde. (*Con intencion.*) Y en los cuales insiste mas que nunca.

Eduardo. Cómo!... Usted sabe?...

Matilde. Eugenia me lo ha escrito todo.

Baltasara. Hola! hola!... Se trata quizá de lazos conyugales?

Matilde. Muy ventajosos para Eduardo... y en los cuales habia ya consentido.

Eduardo. (*Con prontitud.*) Estaba entonces libre mi corazon... Pero ahora...

Baltasara. (*Con intencion.*) Vamos... pero ahora... qué? (*Vuelve la cara, ve que Matilde está mirando á Eduardo, y que se le cae el ovillo al suelo, y la dice con aspereza:*) Mira ese ovillo, que se te cae al suelo! (*A Eduardo con ternura.*) Vamos!... Continúe usted!

Eduardo. Ahora... he hecho otra eleccion.

Baltasara. (*Con ternura.*) Ah!... y esa eleccion es la que le sujeta á usted aqui?

Eduardo. Si señora!... Y sin embargo, todavía ignoro si soy correspondido... No he merecido aun ni una palabra... ni una mirada!

Baltasara. (*Mirándole con dulzura.*) Ni una mirada!... (*Volviéndose á Matilde, y creyendo que mira por observarlos.*) Atiende á tu labor... la vas á echar á perder. (*Volviendo á mirar á Eduardo.*) Ay!...

Eduardo. En fin, estoy decidido á no marchar hasta saber cuál es mi suerte. Si no hallo ocasion de hablar... me valdré de otros medios...

Matilde. (*Aparte.*) Dios mio!

Baltasara. Ay! Eduardo!

Ambrosio. (*Dentro.*) Bien está! bien está!

Eduardo. Viene gente... yo me retiro.

Baltasara. Es mi hermano.

Eduardo. (*Aparte.*) Quiero salir de dudas al momento!

Baltasara. No queria usted hablarle?

Eduardo. Ahora tengo que hacer... le veré luego. (*Saluda y se va.*)

Baltasara. (*Aparte.*) Pretesto para volver cuando yo esté sola!

ESCENA V.

DOÑA BALTASARA. MATILDE. DON AMBROSIO.

Ambrosio. (*Hablando á la puerta del foro con varios vecinos, que se retiran.*) Pero hombres, no seais pesados! No digo que faltan papeles, y eso no se puede hacer constar! (*Entrando.*) Siempre reclamaciones, y dale!... por esos malditos registros que se quemaron! (*A Baltasara.*) Hola! te venia buscando.

Baltasara. Vienes del ayuntamiento?

Ambrosio. Sí: he triunfado: me he llevado todos los votos. El camino vecinal pasará por junto á mi hacienda de Alfalá.

Baltasara. Lo cual la hace valer un doble!

Matilde. De veras?

Ambrosio. Yo no he mirado sino los intereses comunales! Antes de votar les ofrecí regalar á la villa este retrato... (*Saca una caja de rapé.*)

Baltasara. De quién?

Ambrosio. Oh! esta es una antigüedad preciosa! El retrato del Cid Campeador, conquistador de Valencia!... Mira!... hecho por los moros!... Se conoce el estilo de aquellos bárbaros, en el modo de estar pintado!...

Matilde. A ver!... Jesus! qué cara!

Baltasara. Esto es lo que te trajo ayer el moro de los dátiles, á quien sueles comprarle estas cosas?

Ambrosio. Sí. Esta caja pertenecia al dey de Argel... llevada de España, cuando la espulsion de los moriscos... Al tomar los franceses á Argel... en el saqueo del palacio del dey, se halló esta preciosidad... con otras varias, que me irá trayendo el moro. Vosotras no le dais valor á esto!... Las mugeres no entienden de antigüedades! —Otra noticia tengo que darte.

Baltasara. Cuál es?

Ambrosio. Mi hijo viene.

Baltasara. De veras?

Matilde. Vicentito?

Ambrosio. Sí.

Baltasara. Y cuándo?

Ambrosio. Dentro de pocos dias.

Baltasara. Cuánto me alegro! Y por mucho tiempo?

Ambrosio. Probablemente para no volverse á marchar.

Baltasara. Cómo es eso?

Ambrosio. Tengo el proyecto de casarlo.

Baltasara. A mi sobrino?

Ambrosio. Sí. No adivinas con quién?

Baltasara. No!

Ambrosio. (*A Matilde.*) Ni tú?

Matilde. Tampoco!

Ambrosio. Pues Vicente tiene mas penetracion que vosotras. Al momento lo ha adivinado.—Mira lo que me responde. (*Da una carta á Matilde.*)

Baltasara. (*Mirando á Matilde, y llevándose aparte á Ambrosio.*) Calla! Será tal vez?...

Ambrosio. Sí. Casándolo con ella, toma el título de marques, le dan una plaza de oficial de secretaría... y á mí la cruz que solicito.

Baltasara. De veras?

Matilde. (*Despues de leer.*) Cielos!...

Ambrosio. (*A Matilde.*) Lo vas entendiendo?

Matilde. (*Cortada.*) Sí... pero... no acierto á esplicar...

Baltasara. Ya lo creo. Otro en nuestro lugar hubiera buscado para Vicente una novia rica...

Matilde. (*Con prontitud.*) Es verdad!... Y por esa razon, no debo yo permitir que hagan ustedes ese nuevo sacrificio por mí.

Ambrosio. Qué sacrificio!... aqui no hay sacrificio! Qué importan las riquezas!... En un matrimonio lo que hay que consultar es el corazon.

Matilde. Pues siendo asi, con mas razon debo rehusarlo.

Ambrosio. Cómo es eso?

Baltasara. Despreciar á mi sobrino! Será porque no es marques!

Matilde. Puede usted creer!...

Ambrosio. Calla, hermana!

Baltasara. (*Colérica.*) No quiero! Somos muy condescendientes con esta niña! Pues, señora mia, es preciso que usted se case... y que se vaya á vivir con su marido. Aqui estamos dos solteras juntas, que nos hacemos mala obra la una á la otra.

Ambrosio. Vamos, vamos!... Déjala!—Matilde lo pensará: tiene bastante talento para conocer que en un matrimonio lo que hay que consultar no es el corazon... sino la conveniencia.

Matilde. Pues antes decia usted lo contrario!....
Ambrosio. Anda, anda á pensarlo... y luego hablaremos.
Baltasara. No hay que pensarlo. Se casará!
Matilde. (*Aparte.*) Ah! no quisiera ser ingrata!... Pero Dios mio!... he de sacrificarme asi! (*Se va por la izquierda.*)
Baltasara. Hacer ascos á un novio!... Ah! Si yo me viera en ello! (*Se va por la derecha.*)

ESCENA VI.

DON AMBROSIO.

Todo lo echa á perder mi hermana con ese genio! Yo hablaré á Matilde cuando estemos solos, y obedecerá. No hay remedio: es preciso que se case: emparentando con ella somos marqueses... me darán la cruz... mi hijo brillará en la corte... Sí, sí: voy á escribírselo al general como cosa hecha. (*Oye ruido fuera.*) Qué ruido es ese? Ya vendrán con memoriales!... No estoy ahora para pensar en los negocios públicos. (*Se sienta á escribir.*)

ESCENA VII.

DON AMBROSIO, *escribiendo.* LUCAS *y* DON RAIMUNDO, *en el jardin.*

(*Lucas trae del brazo á don Raimundo: este se le suelta, y viene con pasos vivos hácia la galería.*)

Raimundo. Piensas que me he de estar esperando aqui todo el dia? Estás fresco.
Lucas. No se me escape usted!... Vaya!... que no se me escape usted!
Raimundo. Déjame en paz! Yo no necesito que me agarren para andar. No soy ningun niño.
Lucas. Pero dónde va usted? (*Viendo que quiere entrarse por una de las puertas de la galería.*) Aguárdese usted aqui!... Chit! Ahi está el señor alcalde. (*A don Ambrosio.*) Señor alcalde!...
Ambrosio. (*Escribiendo.*) Luego me dirás: aguarda.

Lucas. Tiene usted que aguardar. (*A don Raimundo.*)

Raimundo. Sí: en cuanto ha dicho: *aguarda*, lo he comprendido.

Lucas. A Dios!... ya está todo por medio! Si lo viera doña Baltasara!...

(*Se pone á limpiar las sillas, y á colocarlas; de manera que asi que don Raimundo va á coger una para sentarse, Lucas la toma y la limpia.*)

Raimundo. Pues señor, esperaremos... pero esperaremos sentado. El tal señor alcalde ni me ha mirado... Toma! los funcionarios públicos son todos asi!... el público es lo último que llama su atencion! Asi hacen creer que tienen muchos negocios entre manos. Lo mismo hacia yo en mis tiempos... cuando era escribiente de don Roque Samperet, el fiel de fechos. (*A Lucas.*) Hombre! me haces el favor de dejarme una silla?... Creo que estos muebles son para sentarse!

Lucas. No señor: doña Baltasara dice que son para adornar la casa.

Raimundo. Chico, tú eres tonto.

Lucas. Yo soy alguacil!

Ambrosio. Silencio! Vamos á ver: qué hombre es ese?

Lucas. Señor alcalde, es un vago. Le he encontrado á la entrada del pueblo sentado en la yerba... en el sembrado de Juan Cornejo.

Ambrosio. (*Escribiendo.*) Y qué?

Lucas. (*A don Raimundo.*) Vamos, responda usted al señor alcalde. Por qué estaba usted fuera del pueblo, y sentado en la yerba?

Raimundo. Estaba fuera del pueblo, porque todavía no habia entrado en él; y estaba sentado en la yerba, porque en el campo no hay sillas... Tonto!

Lucas. No me ponga usted motes!

Ambrosio. (*Escribiendo*). Vamos!

Lucas. Le pregunté cuál era su domicilio, y me respondió que venia á buscarlo.

Ambrosio. No sabe usted que la ley manda que cada uno tenga su domicilio?

Raimundo. Sí; pero la ley no se le da al que no le tiene.

Lucas. Esa no es respuesta.

Raimundo. Pues busca otra mejor... tonto!

Lucas. Que no me ponga usted motes!

Raimundo. (*Mirándolo.*) Es cosa particular! A este chico le venia bien lo que se decia en mi tiempo: es tonto como un Perlerin.

Lucas. Calla! Cómo sabe usted mi nombre?

Raimundo. Oiga! Eres tú hijo de Santiago Perlerin?

Lucas. Santiago Perlerin?... Ese era mi abuelo.

Raimundo. Tu abuelo?... Es decir que se perpetúan los tontos en la familia.—Hombre! con que eres nieto de Santiago Perlerin!... Qué feo era!... No, y tú te das mucho aire!... (*Riendo, y dándole en el carrillo.*) Eh, eh, eh!

Lucas. (*Riendo.*) Eh, eh, eh!... Qué gusto!... que ha conocido á mi abuelo!... Eh, eh, eh! Ahora me alegro de haberle á usted preso!... Tome usted asiento. (*Le da una silla.*)

Ambrosio. (*Levantándose despues de cerrar la carta.*) Esto ya está despachado. — Con que, vamos á ver, buen hombre, qué es lo que usted quiere? Cuál es su nombre de usted?

Raimundo. (*Levantándose.*) Mi nombre?... Tengo varios... Lo mas comun es llamarme el Tio Tararira.

Ambrosio. Qué?

Lucas. Tararira?

Raimundo. Sí: es un mote que me pusieron por la maña que tengo de decir siempre... tararira!... Eh, eh, eh!... Yo siempre de broma!... No me enfado nunca... Tomo el tiempo como viene, los hombres como son, y... y tararira!

Lucas. (*Riendo.*) Ja, ja, ja!... es chusco!... es chusco el viejo!

Ambrosio. Pero tendrá usted otro nombre?

Raimundo. Sí: me llamo Raimundo Lamprea.

Ambrosio. (*Recordando.*) Lamprea!... Yo recuerdo haber oido ese apellido... Lamprea!...

Raimundo. Yo lo creo! Pues si somos conocidos antiguos... Le he visto yo á usted asi... chiquitito!

Ambrosio. A mí!

Raimundo. Sí. Y luego... administrador del marques de Alfalá. Si yo soy natural de este pueblo... y todos mis antepasados de padres en hijos... hasta el año 23... cuando los franceses... que tuve que escapar porque

fui miliciano... y andaba la paliza que cantaba el credo!

Ambrosio. Hola! Con que es usted del pueblo!... Súbdito mio!—A ver, Lucas, arrímale una silla. (*Don Raimundo se sienta.*) Tendrá usted aqui familia?... tendrá usted casa?

Raimundo. Ni lo uno ni lo otro. Las jaranas políticas me han arruinado.

Ambrosio. Cómo es eso?

Raimundo. Sí señor. Mi padre tenia su dinero puesto en los Gremios; pero los Gremios, en tiempo del señor Carlos III, se metieron á hacer negocios con el gobierno, y tararira!... se hundieron. Luego, se crearon los vales reales...

Ambrosio. Papel que valia el 110 y 120!...

Raimundo. Sí, lo valia entonces! Todo el mundo se arrojó á dar su dinero en cambio de vales reales... Mi padre empleó en ellos lo poco que le quedaba. Pero vino el señor Carlos IV y la guerra del año 94... y tararira!... se llevó el demonio los vales reales! Entonces recogimos las caspicias del caudal, y las pusimos en una casa de comercio de Francia... viendo que aqui en España no teniamos buena mano para la eleccion.—Pues señor, ha venido ahora la república... la casa de comercio ha quebrado... y tararira!... Esta ha sido peor que la de los Gremios y la de los vales reales. Está visto que á mi dinero no hay forma de gobierno que le sea favorable. Con este último lance me he quedado desembarazado de negocios... libre de cuidados. Y ya iba á buscar una recomendacion para entrar en San Bernardino, cuando un conocido me contó que en el Boletin oficial de Valencia se decia que el ayuntamiento de este pueblo adjudicaba un arrozal, que resultaba sin dueño, al vecino que fuese mas viejo. Alto aqui!... Me meto en una galera, me apeo ahí cerca, en el camino real, tomo la vereda, llego al pueblo cansado, me siento un rato en la yerba... este tonto me coje y me trae aqui... Lo celebro mucho: el arrozal es mio, venga para acá... y tararira! Ya estoy contento.

Lucas. Cómo es eso!... poco á poco! El arrozal es de mi tio, que es el mas viejo del pueblo... tiene 84 años.

Raimundo. Ba!... Es una criatura!
Lucas. 84 años, 5 meses y 7 dias!
Raimundo. Una criatura!
Lucas. Y algunas horas.
Raimundo. Te digo que es una criatura!—Yo tengo 102 años menos tres meses.
Ambrosio. Es posible!
Lucas. 102 años!
Raimundo. Con que por mucho que tu tio corra, no me alcanza. Mi abuelo murió de 117 años: mi padre de 113; yo soy buen hijo, y pienso imitar en todo á mi padre... tararira.
Lucas. 102 años! El diantre de mi tio!... ir á tirar hasta los 84 años para salir con que es una criatura! (*Aparte.*) Ahora siento haberle preso!
Ambrosio. Y usted tendrá los documentos necesarios para acreditar su derecho: la fé de bautismo...
Raimundo. No tengo tal: yo no llevo nunca papeles! Pero aqui estará todo. En buscándolo en los libros de la parroquia... Raimundo Hermenegildo Lamprea... nació el 1.° de Setiembre de 1746. Al llegar al mundo me encontré con Felipe V: él salia cuando yo entraba.
Ambrosio. Pero no sabe usted que los libros de la parroquia se quemaron?
Raimundo. Qué me dice usted?
Lucas. Si tal: el año 23.
Ambrosio. Se quemaron sin duda, porque todas las diligencias que se han hecho despues para hallarlos han sido inútiles.
Raimundo. Qué está usted ahí diciendo, hombre? Qué se habian de quemar!
Ambrosio. No?
Raimundo. No señor! Si lo sabré yo! Me parece que fue ayer!... Cuando el año 23, al acercarse los franceses... los 100.000 nietos de San Luis... estos bárbaros del pueblo salieron con las cintas blancas, hechos unos foragidos por esas calles! «El cura es un negro!... á quemarlo en la iglesia!... viva la religion!» Y prendieron fuego á la sacristía. Pobre cura! Luego le vi por esos mundos... y me contó mil veces el lance.—Viendo que las llamas tomaban cuerpo, agarró los libros y los encondió.

Ambrosio. Dónde?

Raimundo. Calla!... Pues no me acuerdo!

Ambrosio. Hombre! qué desgracia!

Lucas. Qué ha de ser desgracia! Mejor para mi tio!

Raimundo. Luego se descolgó por una ventana y escapó.

Ambrosio. Le haremos buscar, y que declare...

Raimundo. Qué ha de declarar!

Ambrosio. Por qué no?

Raimundo. Porque ha muerto.

Ambrosio. Qué fatalidad!

Raimundo. Murió al poco tiempo... Era viejo... y el susto!... (*Cavilando.*) Señor! dónde me dijo que habia escondido los libros?...

Ambrosio. A ver, á ver!

Raimundo. (*De repente.*) Calle usted! ya creo que... Sí! en la iglesia... encima del altar mayor, no hay un cuadro de San Vicente Ferrer?

Lucas. Montado en el burro!

Raimundo. Tú lo has dicho! Pues eso es!... Mire usted: detras del cuadro hay un nicho... y alli metió el cura los libros.

Ambrosio. Ah! si sale cierto... qué servicio hace usted al pueblo!

Lucas. Y á mí! Toma!... pues lo mismo me da! El arrozal entonces me toca á mí heredarlo. Y en pareciendo los papeles...

Raimundo. Sí? Pues no creas que tendré la menor pesadumbre. Buen provecho te haga... tararira!

Ambrosio. No se debe perder tiempo. Anda, avisa al señor cura que voy allá... Lleva unos mozos para desclavar el cuadro.

Lucas. Voy! (*Aparte.*) Ah! buen viejo!... Ahora me alegro de haberle preso.

ESCENA VIII.

DON AMBROSIO. DON RAIMUNDO.

Ambrosio. Ah! si parecen los libros... qué gloria para mí!

Raimundo. Para usted?

Ambrosio. Oh! Tambien usted... por haber ayudado,

tendrá su recompensa. — Por el pronto quédese usted en mi casa.

Raimundo. Aqui?

Ambrosio. Sí: aqui se alojará usted por ahora... (*Aparte.*) Asi no irá contando que ha sido él...

Raimundo. Bien: corriente. Muchas gracias! Es usted un jóven muy generoso!

ESCENA IX.

DICHOS. DOÑA BALTASARA.

Baltasara. (*Aparte.*) Eduardo me está paseando la calle.

Ambrosio. Ah! Baltasara: te presento un huésped recien llegado: don Raimundo Lamprea. Viene á reclamar sus derechos al arrozal. Tiene 102 años!

Baltasara. 102 años!

Raimundo. Sí señora! Y qué tiene eso de particular?

Baltasara. Vaya!... Debe ponerse en los periódicos... Es una gloria para el pueblo!

Ambrosio. Dice bien!... Pues no me habia ocurrido! Eso hará hablar de la salubridad de estos aires... de la buena administracion...

Baltasara. Cuánto habrá usted visto!... Hallará usted el mundo muy cambiado de como estaba cuando era usted jóven?

Raimundo. Qué! nada de eso! El mundo... en el fondo es siempre el mismo. Ve usted lo que pasa ahora? pues lo mismo pasaba en tiempo de Fernando VI cuando yo era jóven, y de Carlos III, y de... lo mismo. Entonces habia todo lo que hay ahora... hasta sus motines corrientes... Yo me acuerdo del de Esquilache!... oh! aquel fue famoso! Cómo gritabamos en la plazuela de Palacio!... «Fuera Esquilache!» Eh, eh, eh!... El rey salió al balcon... y tararira! cayó Esquilache! Eh, eh, eh! No que no!

Ambrosio. (*Riendo.*) Ja, ja, ja!... Es un viejecito muy alegre!... no es verdad, hermana?

Raimundo. Calla! Esta señora es hermana de usted?

Ambrosio. Sí.

Baltasara. Baltasara Carrizo, servidora de usted.

Raimundo. Cómo! La hija del tio Carrizo el sastre?

Baltasara. (*Con prontitud.*) Comerciante de paños, señor mio!

Raimundo. Qué! Sastre! Vaya! pues si era mi sastre! Todavía me acuerdo de una vez que regañé con él por una chupa verde botella que me sacó corta.—El verde botella era el color de moda entonces. Qué demonio!... Eh, eh, eh!... Con que usted es aquella Baltasarilla que venia á registrarme los bolsillos por ver si llevaba caramelos? Vaya, vaya! Pues no la hubiera conocido!... Cómo se ha desarrollado!

Baltasara. Algo!

Raimundo. Mucho! Toma, yo lo creo!... como que de eso ya va fecha. Eh, eh, eh!... Hará cosa de... A ver: cuántos años tiene usted?

Baltasara. Mi partida de bautismo desapareció, señor mio.

Raimundo. Es verdad! como las demas... Pero aguarde usted... Sí... ya me acuerdo... usted nació el año de la guerra de las naranjas.

Baltasara. Yo!...

Raimundo. Justamente. Ya tiene usted sus cuarenta...

Baltasara. Mien... Se equivoca usted, caballero!

Raimundo. No me equivoco, no! La guerra de las naranjas fue el año... Ay! tiene usted razon: me equivoco.

Baltasara. Vaya!

Raimundo. Sí: me equivoco... Son 47 años.

Baltasara. No puede ser.

Raimundo. (*A don Ambrosio.*) Pero conserva todavía una frescura... un airecito asi, tan... que no parece... Y qué guapa estaba vestida de ninfa... el año 14 cuando el rey Fernando de vuelta de su cautiverio pasó por aqui!

Baltasara. Acabará usted hoy? (*Aparte.*) Si da en acordarse de todo!...

Raimundo. (*A don Ambrosio.*) No se acuerda usted?... con su coronita de rosas... el pelito tendido... y una tuniquita blanca... recogidita aqui (*Señalando el muslo.*) con un clavo romano... Eh, eh, eh... Estaba muy guapa!... luciendo la pier...

Baltasara. (*Interrumpiéndole.*) Quiere usted callar!

Ambrosio. Amigo, tiene usted una memoria prodigiosa!

Raimundo. Toma! Yo me acuerdo de hace 90 años, como de ayer. Podria contarle á usted al pie de la letra la historia de mi juventud! Ahora poco, cuando llegué á divisar mi pueblo, despues de 25 años de ausencia, se me saltaba el corazon del pecho con tanto recuerdo delicioso! La conmoción no me dejó andar... y tuve que sentarme á tomar aliento! Me acordé de todo lo pasado... de mi casita con el jardin... de la ventana de mi cuarto con su tiesto de albahaca... de las noches que pasaba leyendo las poesías de Gerardo Lobo, y frotando las hevillas de los zapatos y las charreteras del calzon... Oh! qué tiempo aquel!... Y luego por la mañana... cuando salia yo con mi polvos, tan compuesto!... y las muchachas... ay! qué gusto! las miraditas... las cartitas amorosas... y á veces... tararira!

Ambrosio. Hola! hola!... parece que no se perdió el tiempo? Oh! la juventud... es la edad de los goces!

Raimundo. Toma! y la vejez, la de los recuerdos: algo es algo! Eh, eh, eh!... yo con los recuerdos gozo mucho! Me pongo á recordar... á recordar!... me parece que me está pasando... y me rejuvenezco! Todas las edades tienen sus goces. Crea usted que el vivir es una gran cosa!

Ambrosio. Vaya! es usted un verdadero filósofo! (*Saca la caja.*)

Raimundo. Tararira!... Me permite usted?

Ambrosio. Con mucho gusto.

Raimundo. (*Tomando un polvo.*) Hombre!... Tiene usted una caja...

Baltasara. Una antigüedad preciosa!

Ambrosio. Compadre! esta es mas vieja que usted! Del tiempo de los moros.

Raimundo. Esta?

Ambrosio. Hablo del retrato. Mírelo usted: es el...

Raimundo. Es el retrato de Jaime el Barbudo.

Ambrosio. Cómo!

Raimundo. Sí: aquel famoso ladron... Y está muy parecido! Yo le vi ahorcar.

Ambrosio. Vamos, vamos!... usted está soñando! Este es el retrato del Cid Campeador: único que hay!

Raimundo. (*Sacando su caja.*) Unico? Pues con este, son dos.

Ambrosio. Cómo es eso!

Raimundo. Estas cajas eran muy de moda en mi tiempo.

Ambrosio. Jaime el Barbudo!

Raimundo. El mismo. Son igualitos.

Ambrosio. Y el tunante del moro, que me ha sacado dos onzas de oro por ella!

Raimundo. Ha sido cara! Esta me costó á mí siete reales... y cuando era moda!

Baltasara. (*Riendo.*) Tambien á los sabios se la pegan!

Ambrosio. Por Dios, hermana!... no se lo cuentes á nadie!

Raimundo. Se ha puesto usted triste?... Lo siento! Me acontece muy á menudo el quitar ilusiones... asi, sin intencion.

Ambrosio. Haberme engañado de este modo!...

Raimundo. Eso le sucede á cualquiera!

Ambrosio. Es que yo he estudiado mucho!

Raimundo. Y yo he visto mucho!

Baltasara. (*Mirando hácia la derecha.*) Calla!... Eduardo dándole un papel á la doncella!... Ese jóven acabará por comprometerme! (*Se va por la derecha.*)

ESCENA X.

DON RAIMUNDO. DON AMBROSIO. MATILDE, *que sale por la izquierda.*

Matilde. Perdonen ustedes si interrumpo.

Ambrosio. Qué hay?

Matilde. La Gaceta de Madrid, que ha llegado.

Ambrosio. (*Tomándola.*) Dame.

Raimundo. (*Aparte.*) Quién será esta niña tan guapita?

Ambrosio. (*Tomando la carta que escribió.*) Mira, Matilde: hazme el favor de decir que lleven esta carta al correo.

Matilde. Bien está, señor don Ambrosio.

Raimundo. (*A don Ambrosio.*) Ah! Esta señorita no es hija de usted?

Ambrosio. No: es mi pupila: una huérfana... Pero calle!

usted que es del pueblo, debe de haber conocido á su familia.

Raimundo. Yo?

Ambrosio. El marques de Alfalá!

Raimundo. (*Conmovido.*) Cómo! Aquel de quien era usted administrador?

Ambrosio. Justamente!

Raimundo. El marques!... Es posible!... Esta señorita es su hija?

Matilde. Sí señor. Y usted ha conocido á mi papá?

Raimundo. (*Haciendo estremos de gozo.*) Que si le he conocido!... Ah! Señorita!... déjeme usted!... déjeme usted... que le bese las manos!... que la abrace!... que la... Hija del marques?... Y que si le he conocido?... Dios mio!... el bienhechor del pueblo!... mi salvador!...

Matilde. Qué dice usted?

Ambrosio. Pues qué hizo?

Raimundo. Qué hizo? Friolera!—Cuando la guerra con Napoleon, todos estos alrededores estaban inundados de guerrillas que tenian á los franceses en contínua alarma. Un dia se nos pone en la cabeza á unos cuantos irnos de caza al soto de la Culebra... una legua del pueblo. Andresillo el sacristan... Geromo el tuerto... don Roque el fiel de fechos... en fin, éramos unos diez ó doce. Agarramos nuestras escopetas... y andando. Llegamos, nos comemos unas tortillas con jamon... echamos un trago... y empezamos á dar tras de las liebres... pim!... pam!... Al demonio no se le ocurre en aquel tiempo! Pues señor... en lo mejor de nuestra cacería, nos encontramos con una descarga cerrada que nos hacen de repente... y con un escuadron de caballería que nos carga. Era una columna de franceses que nos toma por guerrilleros, nos atrapa, nos amarra codo con codo, y nos lleva á Valencia. Alli estaba formado un consejo de guerra, que sin hacer caso de nuestros clamores, ni permitir defensa, ni oirnos, nos condena...

Matilde. A muerte?

Raimundo. Andando!—Pero felizmente la noticia del suceso se habia esparcido... se supo en este pueblo... llegó á oidos de su padre de usted... El buen mar-

ques!... siempre dispuesto á hacer un beneficio.— Monta á caballo... corre á Valencia... se presenta al mariscal Suchet... (que no era mal hombre!...) le habla al alma... le informa del suceso... pone en claro la verdad... ofreciendo sus bienes y su persona en prendas... y consigue el perdon de todos nosotros... Ya estabamos en capilla... y alli nos le vimos entrar loco de alegría, y abrazarnos, y volvernos al seno de nuestras familias!

Matilde. Y fue mi padre!...

Raimundo. Sí, su padre de usted, á quien debimos la vida! (*Enterneciéndose.*) Pobrecillo!... algunos años despues... le vi perseguido... insultado... obligado á emigrar de su patria... sin que yo, pobre de mí, pudiera evitarlo... ni servirle de nada en este mundo!

Ambrosio. La está usted haciendo llorar con esos recuerdos!

Raimundo. Es verdad!... soy un majadero!... (*Cambiando de tono.*) Vaya, vaya!... A vivir!.... y no hay que volver la vista atrás. Lo pasado es como quien paga una deuda... que no debe volver á acordarse de ella. Como si no fuera bastante motivo de alegría el encontrar á la hija de aquel... de aquel buen señor!... tan generoso y tan!... (*Vuelve á enternecerse, y dice, haciendo un esfuerzo:*) Dale!... Se acabó, vamos, se acabó el lloriqueo!... y tararira!

Matilde. Ah! qué placer me ha dado usted contándome eso de mi padre!

Raimundo. Oh! aquel era un hombre de lo que hay poco!... (*Oyese regañar dentro.*)

ESCENA XI.

DICHOS. DOÑA BALTASARA, *con una carta abierta.*

Baltasara. Esto es una picardía!... una infamia!...

Ambrosio. Qué sucede, hermana?

Baltasara. Qué sucede?... Tú nunca sabes lo que ocurre en tu casa!

Ambrosio. Pero qué?

Baltasara. Mira!... un billete amoroso!...

Ambrosio. Dirigido á tí?

Raimundo. (*Aparte.*) Jesus!... á la ninfa del año 14!

Baltasara. No! Ya debes conocer por lo rabiosa que estoy, que no es para mí... sino para esta señorita!

Matilde. Para mí?

Raimundo. (*Aparte.*) Ah! eso es otra cosa!

Ambrosio. Cómo!...

Baltasara. Toma, lée.—Acabo de despedir á Sinforosa, que era la encargada de...

Ambrosio. Qué veo!... de don Eduardo!

Matilde. (*Aparte.*) Dios mio!

Baltasara. Ahora se entiende la negativa que antes nos dió la niña!

Ambrosio. (*Aparte.*) Qué compromiso del diablo!

Baltasara. Para que Eduardo haya dado este paso, es forzoso que se vea correspondido...

Matilde. No lo crea usted. Al contrario, yo he huido siempre de darle la menor esperanza: jamás le he dicho una palabra que...

Baltasara. Es decir, que no le quieres?

Matilde. Yo sé que su tio trata de casarlo ventajosamente; y por nada en el mundo quisiera hacerle perder su suerte.

Ambrosio. Es decir, que rechazas su amor? (*Don Raimundo tose.*) Ah!... (*Reparando en él.*)

Raimundo. Perdone usted si me he enterado... no es culpa mia el oir... doña Baltasara es tan viva de genio, que no ha reparado en mí. Pero no importa. Como todo lo que tiene relacion con esa niña me interesa...

Ambrosio. Vamos, y qué?

Raimundo. Y qué?... Que se me figura que estan ustedes los dos tocando el violon... y que doña Matilde está muy lejos de pensar en rechazar el amor de ese jóven. (*A Matilde.*) Vamos! no hay que ponerse colorada por eso!

Ambrosio. Esa boda es imposible. Matilde lo conoce. El general tiene sus proyectos... y nunca consentirá...

Raimundo. Y por qué? Puede que hablándole... se arregle el negocio.

Baltasara. No faltaba mas!

Raimundo. Si ustedes tienen reparo, yo lo haré, vamos! Es lo menos que puedo hacer por la hija de mi

bienhechor!—Y luego, que por muy codicioso que sea ese señor general... la novia que él haya elegido no será mejor que la que ha elegido su sobrino. En haciéndole ver que esta es una señorita jóven... guapa... título de Castilla... y rica...

Baltasara. Cómo rica?—Matilde no tiene un cuarto.

Raimundo. (*Sorprendido.*) Qué está usted diciendo?

Matilde. Es la pura verdad.

Ambrosio. Sí señor.

Raimundo. No tiene un cuarto?

Baltasara. Que no. Usted es el que está ahora tocando el violon, buen hombre!

Raimundo. Que yo estoy tocando el?...—A ver, á ver... hágame usted el favor de esplicarme... porque llévame el diablo si acabo de entender...

Baltasara. Allí viene Eduardo!

Matilde. Cielos!

Ambrosio. Don Eduardo?... Dejadme... marchaos...

Raimundo. Pero, vamos á ver, yo quisiera enterarme...

Ambrosio. Bien, amigo... luego...—Mi hermana le llevará á usted á su habitacion.

Raimundo. Corriente; pero es que yo necesito saber...

Ambrosio. Por amor de Dios, déjenme ustedes todos: quiero hablarle á solas.

Baltasara. (*Yéndose.*) Darme á mí un chasco como este!

Raimundo. (*Aparte, yéndose.*) Que no tiene un cuarto?... Pues señor, y aquel caudal?... No, no! yo he de poner en claro...

ESCENA XII.

DON AMBROSIO. DON EDUARDO, *en el jardin.*

Ambrosio. Aquí de mi habilidad! Yo no puedo malquistarme con este jóven. Por su recomendacion espero conseguir la cruz, y es preciso valerme de alguna astucia... —Oh! Señor don Eduardo!... ahora estaba pensando en ir á visitar á usted.

Eduardo. Tiene usted algo que decirme?

Ambrosio. Sí señor.

Eduardo. Qué cosa?

Ambrosio. (*Mirando al rededor.*) Chit!... bajito!...

Eduardo. (*Aparte.*) Si habrán visto mi carta!—Hable usted.—(*Don Ambrosio le enseña la carta que trajo doña Baltasara.*) Ah!...

Ambrosio. Conoce usted la letra?

Eduardo. Señor don Ambrosio, ya habrá usted visto por esta carta que mi amor es puro, y espero que usted, como protector de Matilde, le dará su aprobacion.

Ambrosio. Yo? (*Acercándose á él y poniéndole las manos en los hombros.*) Ay! qué ciegos son los enamorados!

Eduardo. Cómo!

Ambrosio. Ciego! que no ha visto que yo lo habia conocido desde el primer dia!

Eduardo. Usted!

Ambrosio. Y que hacia cuanto podia por protegerlo!

Eduardo. Es posible! Con que consiente usted?

Ambrosio. Con el alma y la vida.

Eduardo. Ah! Señor don Ambrosio!... cuente usted con mi eterna gratitud. Voy, con permiso de usted, á ver á Matilde...

Ambrosio. Poco á poco!... Ella me acaba de hablar...

Eduardo. Ah!...

Ambrosio. Sí: devolviéndome su carta de usted.

Eduardo. Cómo!... Ella se la ha entregado á usted?... Y qué es lo que ha dicho?

Ambrosio. Nada!... lo que dicen las muchachas siempre... que usted la hacia mucho honor... que le apreciaba á usted mucho... en fin, las frases de cartilla...

Eduardo. Y nada mas?

Ambrosio. (*Afectando turbacion.*) Sí tal... añadió... que... por ahora no deseaba casarse.

Eduardo. Cielos!

Ambrosio. Caprichos, que no puedo yo tolerar!

Eduardo. Con todo... si Matilde tiene inconvenientes...

Ambrosio. Qué! no señor! Este casamiento conviene bajo todos aspectos... Asegura la suerte de Matilde... me liberta de una tutoría penosa... y sobre todo... me permite traer á mi hijo á mi lado!

Eduardo. Qué dice usted?

Ambrosio. Sí: tengo para él un buen partido... pero

mientras Matilde sea soltera... no habrá medio de convencerlo.

Eduardo. Pues qué... se quieren?

Ambrosio. Con locura! Ya ve usted!... dos muchachos que se han criado juntos... pierden la chaveta y... pero en no volviéndose á ver, ya se les olvidará...

Eduardo. No, no: permita usted...

Ambrosio. Ella hará lo que se le mande!... No faltaba mas!

Eduardo. (*Turbado.*) Perdone usted, señor don Ambrosio... yo no quiero violentar su corazon.

Ambrosio. Qué disparate! ya se le pasará...

Eduardo. De ningun modo! Fue una ilusion!... me figuré poder conquistar un cariño... que otro ha merecido ya! El amor no se manda: y puesto que he llegado tarde... me retiro.

Ambrosio. Pero hombre! es posible!...

Eduardo. Es cosa resuelta. Desisto de toda pretension á la mano de Matilde, y ahora mismo me vuelvo á Valencia.

ESCENA XIII.

DICHOS. DON RAIMUNDO.

Raimundo. Perdonen ustedes si los interrumpo...

Ambrosio. Vaya! Qué quiere usted, abuelito?

Raimundo. Hablar un momento con usted á solas... si este caballero lo permite: es cosa que urge.

Eduardo. Sí señor: yo me retiro. (*Saludando.*) Señor don Ambrosio...

Ambrosio. Amigo mio... vaya usted con Dios!...

Raimundo. No: no se vaya usted muy lejos. Vuelva usted luego... porque tambien á usted tengo que hablarle.

Eduardo. A mí?

Raimundo. Sí: de la señorita Matilde.

Eduardo. Cómo! de Matilde?

Raimundo. Pues! y una buena noticia.

Eduardo. Cielos!

Ambrosio. Qué?

Raimundo. (*A don Ambrosio.*) Soy con usted.

Eduardo. (*Saludando.*) Señores, beso á ustedes las...

Raimundo. (*Despidiéndole.*) Con que, hasta luego?

Eduardo. Oh! sin falta! (*Don Raimundo acompaña á don Eduardo, que se va por el jardin. Entre tanto, don Ambrosio se sienta junto al velador que está á la derecha. Don Raimundo toma una silla que hay junto á la mesa de despacho, y va á sentarse junto á don Ambrosio.*)

ESCENA XIV.

DON AMBROSIO. DON RAIMUNDO.

Ambrosio. (*Aparte.*) Anda ya por aqui como Pedro por su casa! Con que, vamos á ver, abuelo, qué ocurre? ya estoy escuchando.

Raimundo. Usted dirá que le trato sin ceremonias, mi amigo y señor don Ambrosio; pero como somos conocidos antiguos...

Ambrosio. Bien, como usted guste; pero al grano, que estoy de prisa. Acabemos.

Raimundo. Sí, pero para acabar... es preciso empezar. Asi van siempre las cosas: primero se empieza, y luego... Eh, eh, eh!... no es verdad?

Ambrosio. Vamos, qué quiere usted?

Raimundo. Que me saque usted de una duda, mi querido y estimado don Ambrosio. Ya le he preguntado á su hermana de usted... pero tiene una cabeza!... todavía es muchacha...

Ambrosio. Hombre!...

Raimundo. De condicion. Usted ya es otra cosa... Usted es ya un mozo formal... y con usted se puede hablar.

Ambrosio. Acaba usted?

Raimundo. Empiezo. — Pues señor, yo estoy en babia! Se ha dicho aqui antes que doña Matilde no tenia un cuarto: es noticia que me sorprende, y deseo que usted...

Ambrosio. Eso era? Vaya, vaya! Otro dia hablaremos, abuelito.

Raimundo. Es que yo quisiera que fuera ahora... si á usted no le molesta. Ya debe usted conocer lo que me interesa esa niña! Si hay alguien en el mundo que le disputa su herencia... aqui estoy yo! Puedo darle á

usted noticias muy exactas. Mire usted, la hacienda de Alfalá...

Ambrosio. Déjese usted de noticias! La noticia es que esa niña no tiene nada, porque el marques al emigrar el año 23, vendió todos sus bienes.

Raimundo. Vendió... vendió... Ya sé que los vendió; pero fue á usted.

Ambrosio. Es verdad.

Raimundo. Pues bien; entonces ella es dueña...

Ambrosio. De nada.

Raimundo. De nada?... Hombre! Poco á poco... poco á poco... hablemos con formalidad...

Ambrosio. Sí, con formalidad. Hablemos de cosas mas importantes.

Raimundo. Mas importantes?...

Ambrosio. Hablemos del arrozal que va usted á poseer...

Raimundo. Tararira! Ahora estoy yo pensando en el arrozal!... Como si pudieran salir á disputármelo muchos que tengan 102 años! — Vaya, vaya, hablemos de nuestro negocio. (*Don Ambrosio se levanta, cruza el teatro, toma un papel de la mesa de despacho, y se dirige al jardin. Don Raimundo, que se ha retirado al fondo, le cierra el paso por todos los lados que busca don Ambrosio para escaparse.*)

Ambrosio. Hombre! déjeme usted pasar!... Dale!... Mire usted que estoy de prisa!... los intereses del pueblo me llaman...

Raimundo. No; si no se va usted sin haberme respondido.

Ambrosio. Cuidado! que se va usted tomando ya unas libertades!...

Raimundo. Ahora no se trata de enfadarse... el enfadarse no conduce á nada. Con que hablemos en razon... si es posible. Usted es tutor de la marquesita: la marquesita era rica: ahora dice usted que la marquesita no tiene nada... Cómo se entiende esto?

Ambrosio. Creo que usted me reconviene?

Raimundo. Y yo creo que usted no me responde. Será cosa que?...

Ambrosio. Es gracioso el capricho!

Raimundo. Si es gracioso, por qué se enfada usted?

Ambrosio. Qué significa eso?

Raimundo. Significa que ya voy conociendo lo que anda.

Ambrosio. Usted se olvida de que yo mando aqui?

Raimundo. Tararira! Con otros señores mas encopetados que usted me las he tenido yo tiesas en mi vida.

Ambrosio. Sabe usted que tengo autoridad para hacerle salir del pueblo?

Raimundo. A mí?

Ambrosio. Que usted no tiene ocupacion ni domicilio conocido?

Raimundo. Domicilio? Vaya, pues no estoy en su casa de usted? Calla! Usted trata de intimidarme á mí?

Ambrosio. Eh! ya no hay paciencia que baste!... y al fin y al cabo...

Raimundo. Cuidadito!... Si usted da voces, puede venir gente.

Ambrosio. Qué me importa?

Raimundo. Es que entonces tendré que decir delante de todos lo que yo no queria decir sino á usted solito.

Ambrosio. Y qué dirá usted?... vamos á ver?

Raimundo. Diré... diré que usted no es legítimo poseedor de los bienes del marques de Alfalá.

Ambrosio. (*Turbado.*) Cómo?...

Raimundo. (*Alzando la voz.*) Diré, ya que usted me obliga á ello, que la escritura de venta que le hizo á usted el año 23 en el momento de emigrar, no tenia otro objeto que el de evitar que le confiscasen los bienes: que fue una escritura simulada!...

Ambrosio. (*Turbado.*) Cómo es eso?...

Raimundo. Que don Roque Samperet, el fiel de fechos, hizo una contra-escritura firmada por usted.

Ambrosio. (*Aparte.*) Santo Dios!...

Raimundo. (*Cada vez mas alto.*) Y que en esa contra-escritura reconocia usted y confesaba ser únicamenmente depositario de los bienes del marques.

Ambrosio. (*Asustado.*) Mas bajo!

Raimundo. (*Bajando de repente la voz.*) No queria usted gritar? ya ve usted que yo sé gritar tambien. (*Alzando la voz.*) Quiere usted que gritemos?... Pues vamos gritando.

Ambrosio. No, por Dios.—Pero quién le ha dicho á usted?...

Raimundo. Si fuí yo quien estendió la contra-escritura!

Ambrosio. Usted?

Raimundo. Pues si yo era escribiente de don Roque!

Ambrosio. (*Aparte.*) Maldito seas!— Y ese documento?...

Raimundo. En la escribanía se depositó: allí se encontrará.

Ambrosio. Está usted seguro de ello?

Raimundo. Vaya! como si hubiera sido ayer!... Verá usted como yo... (*Yéndose.*)

Ambrosio. (*Ap.*) Me he salvado!—(*Riendo.*) Ja, ja, ja!...

Raimundo. De qué se rie usted?

Ambrosio. No está mal inventado el cuento!...

Raimundo. Cómo cuento?

Ambrosio. Tio Tararira, usted no tiene la cabeza sana: todo eso lo ha soñado usted.

Raimundo. Que lo he soñado? Está usted fresco!—Me parece estar viendo la contra-escritura!... en papel del sello cuarto...

Ambrosio. Sí? pues vaya usted á buscarla.

Raimundo. Pues ya se ve que la buscaré!... y la encontraré!... Iré á la escribanía... y al juzgado... y á la audiencia... y á la misma reina! y gritaré: Justicia!... hasta que haya alguien que me oiga!...

Ambrosio. Pobre viejo!

Raimundo. Gracias te doy, Dios mio, que entre todos los de mi tiempo me has dejado á mí solo olvidado en el mundo para que pueda pagar á la hija el beneficio que recibí de su padre. Asi que haya cumplido con esa deuda que tengo sobre el corazon, asi que yo deje á esa niña rica y feliz... tararira!... que me lleven al cementerio!... (*Se dirige á pasos vivos á tomar el sombrero y los guantes.*)

Ambrosio. Dónde va usted?

Raimundo. A mi negocio!... (*Poniéndose los guantes muy agitado y muy temblon.*) Cuando se trata de impedir una picardía... soy mas listo que un muchacho de 20 años!

Ambrosio. (*Aparte.*) Demonio de hombre!

Lucas. (*Por el foro.*) Señor alcalde!... Señor alcalde!...

Ambrosio. Qué es eso?

ESCENA XV.

DICHOS. LUCAS.

Lucas. (*Corriendo.*) Señor alcalde... ya está allí el señor cura y los mozos esperándole á usted.

Ambrosio. Bien: allá voy... (*Aparte deteniéndose.*) Si dejo salir á este hombre!...—Ah!—(*A Lucas.*) Mira: quédate aquí: no pierdas de vista al viejo.

Lucas. Por qué?

Ambrosio. Tiene la cabeza un poco...

Lucas. De veras?

Ambrosio. Sí: no le dejes marchar: tú me respondes de él. (*Se va por el foro.*)

ESCENA XVI.

DON RAIMUNDO. LUCAS.

Lucas. Calla! con que es un loco!... Por eso se me reía en mi cara, y decia...

Raimundo. Ea!... á buscar la contra-escritura! (*Yéndose.*)

Lucas. Y se va!—Eh! diga usted!... adónde se va usted?

Raimundo. Ah! tú podrás decirme... Dime: dónde vive ahora don Roque Samperet?

Lucas. Samperet?... el herrador?

Raimundo. No! el fiel de fechos.

Lucas. Ah!... el señor Samperet?... el padre de Samperet?...

Raimundo. Sí: dónde vive?

Lucas. Dónde vive? Si se murió!

Raimundo. Se murió? Siempre me olvido de la edad que tengo! No ha quedado nadie mas que yo! Pero dime: quién es su sucesor?

Lucas. Su sucesor?... toma, su hijo.

Raimundo. Pues no dices que es herrador?

Lucas. Pues bien; como que es hijo... es sucesor... y herrador.

Raimundo. No, hombre! Te pregunto quién ha tomado la escribanía de don Roque despues de su muerte.

Lucas. Ah!... nadie.

Raimundo. Pues dónde estan sus papeles?

Lucas. Qué!... si no quedaron papeles!

Raimundo. Cómo es eso? Pues cuando yo emigré del pueblo el año 23...

Lucas. Pues por entonces fue, segun me contó mi padre... Dijeron que don Roque era negro... y el pobre tuvo que escapar de su casa... salvó el dinero... y algunas otras cosillas...

Raimundo. Es posible!...

Lucas. Y fue, y se refugió en la iglesia... donde parece que tambien estaba el cura escondido... y alli se estuvieron los dos agazapados unos dias... hasta poder escapar. Y entre tanto, la gente se fue en tropel á la escribanía... rompieron la puerta... sacaron todos los papeles... y hicieron con ellos una fogata en medio de la calle.

Raimundo. Qué dices?... Quemaron los papeles?

Lucas. Toiticos! Pues si no hay nadie en el pueblo que no sepa esa historia! — Qué le da á usted?

Raimundo. Quemados!... (*Se deja caer en el sillon junto á la mesa.*)

Lucas. Calla!... Le va á entrar la locura!

Raimundo. Por eso hablaba con tanta insolencia ese pícaro de don Ambrosio!... Por eso me decia: búsquela usted! — Con que no hay medio de devolver sus bienes á esa niña!... No hay pruebas!... No hay mas pruebas que mi palabra!... Buen negocio es mi palabra!... Se reirán de mí... dirán: ese viejo está loco! como decia antes ese bribon...

Lucas. Pues es verdad!... No tiene sana la cabeza!... pobre viejo!

ESCENA XVII.

DICHOS. DON EDUARDO, *en el jardin.*

Raimundo. Y ese don Roque!... salirse de su casa... sacar el dinero... y no sacar los papeles... siquiera los mas interesantes... las escrituras... Alli en la iglesia pudo tambien esconderlas, como hizo el cura. Válgame Dios!... — Ah! Señor don Eduardo!

Eduardo. Me dijo usted que queria hablarme; y vengo, antes de marchar...

Raimundo. Marchar! Y por qué se marcha usted?

Eduardo. (*Sorprendido.*) Por qué?

Raimundo. Usted está enamorado de doña Matilde... (*Estrañeza de Eduardo.*) Sí señor, yo lo sé. Hoy mismo ha pedido usted su mano.

Eduardo. Es cierto; pero ignoraba cuando la pedí, que ella amaba al hijo de don Ambrosio.

Raimundo. Al hijo de don... Quién le ha dicho á usted semejante cosa?

Eduardo. El mismo don Ambrosio.

Raimundo. Me lo habia figurado! Ese hombre miente mas que la Gaceta!

Eduardo. Pues qué!... Matilde...

Raimundo. Mentira: no le quiere: y se ha negado á darle la mano.

Eduardo. Y á mí?

Raimundo. A usted?... á usted... se la daria con alma y vida!...

Eduardo. Ella se lo ha dicho á usted?

Raimundo. No hace media hora.

Eduardo. Oh! en ese caso, no me marcho.

Raimundo. Bien hecho! sí; quédese usted! quédese usted!... usted es jóven... tiene buenas piernas... y me ayudará...

Eduardo. A qué?

Raimundo. A confundir á ese don Ambrosio!... A volver á Matilde los bienes que le pertenecen... y que le han robado!

Eduardo. Es posible!

Raimundo. Y si no, no hay boda!

Eduardo. Cómo!

Raimundo. Pues es claro! Su tio de usted se opondrá... porque lo que él quiere para usted es una novia con dote... Pero lo tendrá usted!... tendrá usted dote!... y cosa grande!...

Eduardo. Qué me importa el dinero! Lo que yo anhelo no son los bienes, sino el cariño, el amor de Matilde!...

Raimundo. Bien; pero el amor... en llegando el medio dia, tambien quiere sentarse á la mesa... Y saber que todo esto es suyo!... y que lo está disfrutando ese pillastron!...

(*Óyense dentro gritos de «Viva el señor alcalde!»— Lucas, que al empezarse esta escena se ha puesto á pasear por el jardin, y ha estado mirando hácia la calle, viene al proscenio.*)

Lucas. Oyen ustedes?...

Eduardo. Qué gritos son esos?

Lucas. La gente que viene de la iglesia con el señor alcalde!... Esto es señal de que algo han encontrado!... Voy á ver!... (*Se va corriendo. Siguen las voces de «Viva el señor alcalde!» que se van aproximando.*)

Eduardo. Gritan: viva el señor alcalde!...

Raimundo. Eso es! Ahora le traerán en triunfo!—Pues esos que ahora gritan son los hijos de los que fueron á quemar los papeles!... Salvages!

ESCENA XVIII.

DICHOS. DON AMBROSIO. LUCAS. DOÑA BALTASARA. MATILDE. VECINOS DE AMBOS SEXOS.

(*Los vecinos traen en volandas al alcalde, vitoreándolo. Otros traen unos libros de parroquia, en pergamino antiguo, y varios legajos de papeles atados con balduque, y con tapas de pergamino, todo lo cual colocan en las mesas. Detras vienen los regidores del ayuntamiento con un escribano, rodeando á unos mozos que traen un cofre.*)

Vecinos. Ya han parecido!... ya han parecido!...

Otros. Viva el señor alcalde!...

Lucas. Todo se ha encontrado!... todo!... Viva el señor alcalde!...

Vecinos. Viva!...

Ambrosio. Aqui ese cofre!... (*Lo ponen en el suelo.*) Vamos pronto. Alguacil: á abrir el cofre. Despáchate!

Lucas. (*Abriéndolo.*) Ya está... Cuántos papeles!...

Los vecinos. Viva!...

Ambrosio. (*En tono de alocucion.*) Hijos! Despues de tantos años de vanas diligencias, mi celo por vuestro bien ha obtenido de la Divina Providencia que ilumine mis sentidos y bendiga mis esfuerzos para lograr lo que mis dignos antecesores han intentado infruc-

tuosamente. Dichoso yo, que he conseguido hacer este insigne beneficio á mis administrados! Desde hoy se considera feliz... vuestro alcalde... Ambrosio Carrizo!

(*Durante la alocucion, Lucas, de rodillas delante del cofre, va sacando legajos que corren de mano en mano.—Don Raimundo, que está junto á la mesa de despacho, se pone los anteojos, y empieza á registrar los que llegan alli.—Don Ambrosio, terminada su arenga, toma un legajo, y se va al velador á examinarlo. Los vecinos le rodean felicitándole. A su lado estan doña Baltasara, á quien tambien felicitan, y Matilde. Otros andan por el jardin.—Don Raimundo está aislado, sin cesar de registrar.*)

Raimundo. No es esto!... Tampoco es esto!... Año de 1700... Esto es! (*Registrando el libro.*)

Lucas. Este es el último legajo!

Ambrosio. Venga!... Calla!... Escrituras!... Qué veo!...

Baltasara. Qué has hallado?

Ambrosio. Nuestro apellido!... (*Desatándolo.*)

Baltasara. Nuestro apellido?...

Raimundo. Aqui está! (*Lée.*) Año de 1746... bauticé á un niño... y le puse... Raimundo Hermenegildo...» Eh, eh!... este era yo!

Ambrosio. Cómo es que se encuentran aqui papeles de la escribanía!... Mira, hermana, mira!... El título que nos faltaba!...

Baltasara. Es posible!

Raimundo. (*Atendiendo.*) Cómo es eso!... de la escribanía?... (*Tomando varios legajos, y yendo á examinarlos.*)

Ambrosio. (*Con gozo.*) Ibamos á perder un pleito por falta de este documento!... Aqui está!...

Raimundo. (*Leyendo.*) «Escritura de traspaso...»

Ambrosio. Ganamos tres mil ducados de renta!

(*Se aumentan las felicitaciones.*)

Raimundo. Eso es! Todos los pícaros tienen fortuna!... (*Sigue examinando, y de repente hace un gesto de sorpresa.*) Hola!... aqui veo mi letra!... sí, mi letra es!... Vaya, que no hacia yo mala letra entonces! (*Con una esclamacion.*) Santo Dios!... Esta es!... Aqui está!...

Ambrosio. He ganado el pleito. Aqui tengo las pruebas.

Raimundo. Y yo las mias! Era imposible que el bueno de don Roque no salvase sus papeles!... Ea, ea!... Viva el señor alcalde!...

Ambrosio. Gracias, abuelito, gracias!... Ah! este es el dia mas dichoso de mi vida!

Raimundo. Y para que nada falte á su felicidad de usted... (*Tomando de la mano á don Eduardo.*), para que todos sean hoy dichosos... le pido á usted para mi protegido la mano de la marquesita de Alfalá.

Ambrosio. Quite usted!

Eduardo. Qué dice usted?

Matilde. Caballero... esa broma...

Raimundo. No hay aqui broma.

Ambrosio. (*A los demas.*) No hagan ustedes caso!... es un pobre viejo que tiene la cabeza...

Raimundo. Mejor que la de usted. Con que, consiente usted? sí, ó no?

Eduardo. Vamos, amigo!...

Matilde. Deje usted!...

Raimundo. Niños, no os dé cuidado. (*Con regocijo, guardándose en el pecho un cuaderno.*) Tengo aqui el consentimiento de don Ambrosio, firmado de su mano... Eh, eh, eh!

Ambrosio. Mi consentimiento?

Raimundo. Y es usted demasiado hombre de bien... (*Presentándole la contra-escritura.*) para negar su firma!

Ambrosio. Cielos!... La contra-escritura!...

Raimundo. Ahi estaba... usted mismo la ha traido... muchas gracias!

Ambrosio. (*Aparte.*) Me he perdido!

Raimundo. (*Aparte á don Ambrosio.*) Si usted no me desmiente... evitaré el escándalo! — Con que, es cosa arreglada?

Ambrosio. (*Turbado.*) Señor mio!...

Baltasara. Hermano!... consentirás?...

Raimundo. Toma! y aun hará mas! Como don Ambrosio es hombre generoso... y no gusta de hacer las cosas á medias... (*A Matilde.*) le da á usted en dote, señorita, todos los bienes que le habia comprado á su padre de usted.

Baltasara. Este hombre está rematado!

Ambrosio. Pero señor...

Raimundo. No es eso lo que dice usted aqui? Quiere usted que lo lea?

Ambrosio. No, no!... (*Aterrado.*) Eso es!

Eduardo. Señor don Ambrosio!...

Matilde. Tanta generosidad!... (*Se dan la mano.*)

Lucas. Qué alcalde tenemos!... Viva el señor alcalde! (*Todos le vitorean.*)

Raimundo. Ve usted, ve usted como la probidad tiene su recompensa?

Ambrosio. Si!... es verdad... (*Aparte.*) Maldita sea tu estampa!...

Raimundo. Ea! ahora entro yo: venga para mí el arrozal.

Matilde. Qué falta le hace á usted?...

Eduardo. Vivirá usted con nosotros!...

Matilde. Será usted nuestro segundo padre!

Raimundo. Acepto, hijos mios! — Lucas, el arrozal es para tu tio.

Lucas. Muchas gracias!... Viva el abuelo. (*Aparte.*) Ahora me alegro de haberlo preso!

Raimundo. (*Loco de gozo.*) Tararira!... Cuando hago una buena accion siento una cosa aqui dentro! que se me figura que voy á vivir otros cien años!... Dios me los conceda... si han de servir para hacer triunfar la verdad y la justicia!

FIN DE LA COMEDIA.

En dichas librerías se hallan de venta las siguientes producciones dramáticas de este autor.

	Rs.
La tumba salvada.	4
El Tasso.	4
Acertar errando.	4
Hacerse amar con peluca.	4
Shakespeare enamorado.	4
Máscara reconciliadora.	4
El testamento.	4
El gastrónomo sin dinero.	4
Miguel y Cristina.	4
La vuelta de Estanislao.	4
Las capas.	4
Un ministro !!!	4
Quiero ser cómico.	4
El ambicioso.	5
Marino Faliero.	8
El marido de mi muger.	4
Jacobo II.	6
El rey se divierte.	6
La muger de un artista.	5
La segunda dama duende.	6
Un alma de artista.	6
Una ausencia.	4
Mateo ó la hija del Espagnoleto.	6
Amor de madre.	4
El honor español.	6
La sociedad de los trece.	4
Los perros del monte de San Bernardo.	6
El héroe por fuerza.	6
Bruno el tejedor.	4
Un secreto de estado.	6
Memorias de un coronel.	4
Jusepo el Veronés.	6
El hijo de la tempestad.	6
Una boda improvisada.	4
Marcelino el tapicero.	6
Los dos solterones.	4

	Rs.
El hombre mas feo de Francia.	6
Noche toledana.	4
El juglar.	6
El castigo de una madre.	6
Las memorias del diablo.	6
Otra casa con dos puertas.	6
El corsario.	6
Gaspar el ganadero.	6
Cazar en vedado.	6
Llueven bofetones.	4
La familia improvisada.	4
Retascon.	4
Perder y cobrar el cetro.	5
Quince años despues.	6
Fabio el novicio.	6
Los independientes.	6
A muerte ó á vida.	6
La escuela de los periodistas.	6
Por él y por mí.	6
Mi honra por su vida.	6
El galan duende.	6
El primito.	4
Los partidos.	8
El pozo de los enamorados.	6
El diplomático.	4
La calumnia.	4
El hombre de mundo.	8
Don Fernando de Antequera.	8
La farsa, ó mentira y verdad.	6

Esta Galería, fundada en 1830, comprende más de 700 producciones nacionales y extranjeras, y las obras siguientes:

	Reales.
Fígaro (D. Mariano J. de Larra): 4 tomos en 8.° con su retrato y biografía	80
Alvarez.—Derecho real: 2 tomos	30
Rossi.—Derecho penal: tercera edicion en un tomo	36
Arago.—Astronomía: 1 tomo	10
Poesías de **D. José Zorrilla**: 2 tomos	40
— de **D. José Espronceda**: 1 tomo	12
— de **D. Tomás Rodriguez Rubí**: 1 tomo	8
— de **D. Juan Eugenio Hartzenbusch**: 1 tomo	16
Arte de declamacion: por D. Cárlos Latorre	2
Memorias del príncipe de la Paz: 6 tomos	60

Y otras que figuran en los Catálogos

PUNTOS DE VENTA

En Madrid, en las librerías de los Sres. Hijos de D. José Cuesta, D. Antonio San Martin, D. Fernando Fe y D. Hermenegildo Valeriano.

En Provincias, en las principales librerías, donde se facilitan Catálogos.

Madrid.—Estab. tip. de E. Cuesta, á cargo de J. Giraldez, Cava-alta, 5